

Cadáver exquisito: distopía y tanatopolítica

Paula Yeyati Preiss
Universidad de Buenos Aires
Argentina

El libro *Cadáver exquisito*, de la autora argentina Agustina Bazterrica, ganador del Premio Clarín Novela 2017 y publicado ese mismo año, narra una distopía que, como gran parte del género, nace de temores y problemáticas propias de su momento de producción. El mundo figurado en esta obra es uno en el cual la expresión “comer o ser comido” opera de manera literal, en el cual se devora la otredad. En esa sociedad ficticia la gente se canibaliza literalmente, pero también simbólicamente. Se presenta como la exacerbación del sistema de consumo y producción desenfrenado que observamos en el capitalismo presente, más específicamente, en el funcionamiento de la industria alimentaria.

En la novela, la exclusión y depredación de ciertos cuerpos se naturaliza mediante su animalización en el discurso social, que permite diferenciar cuerpos vivientes de cuerpos destinados a la muerte, como mero sustento de aquellos que sí cuentan. Esta distinción no opera solo en el plano humanos/animales, sino como cuerpos que valen/cuerpos que no, yendo más allá de una distinción especista para abarcar diferentes aspectos que constituyen esta ontología.

El libro imagina una realidad donde la amenaza de un “virus” desconocido contraído por animales extrema un escenario de sobrepoblación y falta de recursos. En este contexto, se legitima y sistematiza el canibalismo como nuevo medio de alimentación. Se divide a la sociedad en dos grupos: aquellos que comen y aquellos que son comida. Estrictos controles diferencian los cuerpos considerados humanos de aquellos considerados “carne especial”: están prohibidas las relaciones sexuales entre ambos, está regulado el lenguaje con el que puede nombrarse a las “cabezas” de los criaderos (personas

ya no consideradas humanas, sino “ganado”, y por lo tanto nombradas con aquel vocabulario ganadero), y a aquellos en cautiverio se les quitan las cuerdas vocales desde sus primeros años de vida, porque: “Nadie quiere que hablen porque la carne no habla” (Bazterrica 32), como sostiene el protagonista.

En este escenario, el lenguaje resulta central en la articulación del nuevo paradigma sanitario que unifica depredación y “salud social”. El Estado detenta el monopolio sobre la facultad de definir y delimitar la frontera entre humanidad y animalidad, entre prácticas aceptadas y clandestinas, prohibiendo aquellas palabras que pongan en duda esa división y penando con la muerte a aquellos que se atrevan a desafiar el máximo tabú: tener relaciones con aquellos cuerpos privados de condición humana.¹

Resulta interesante pensar cómo el Estado presenta su propia violencia, la instauración de un genocidio planificado, conocido por todos, como “prevención”, como medio para preservar el orden. Étienne Balibar, en su libro *Violencias, identidades y civilidad*, denomina este tipo de operación “contraviolencia preventiva”, una *Gewalt* (término que oscila entre “poder” y “violencia”) que se legitima presentándose como restauradora de un orden ideal en peligro.² En *Cadáver exquisito* no se sabe el origen del virus, pero su

¹ Espósito sostiene que, en la genealogía occidental, los sujetos que han adquirido el grado de persona son aquellos que manifiestan una emancipación de su dimensión corporal, su “carne”, mediante el dominio de sí. Es decir, el cuerpo se asume no como una propiedad del sujeto, sino como un espacio habitado y controlado por algo que excede a ese mero cuerpo. En ese “acreditamiento como persona” es donde los cuerpos encuentran su valor en la sociedad:

Ya sea por decreto divino o por vía natural, en todo caso, devenir persona es el umbral, el paso crucial a través del cual una materia biológica carente de significado deviene algo de carácter intangible. Lo que, de este modo, queda presupuesto, antes aún de otros criterios o principios normativos, es la absoluta primacía ontológica –el valor añadido inconmensurable– de aquello que es personal respecto a lo que no lo es: solo puede ser sagrado o apreciable desde un punto de vista cualitativo la vida que ha traspasado ese umbral simbólico, que es capaz de acreditarse como persona. (Espósito 2009 189)

² Sobre la legitimación de la *Gewalt*, Balibar afirma:

Toda *Gewalt* que necesita legitimarse debe presentarse a sí misma como el castigo o rechazo de fuerzas arraigadas en la índole humana, o en determinadas condiciones sociales, o bien en creencias e ideologías, que

protagonista, Marcos Tejo, encargado de uno de los frigoríficos, adscribe a una teoría censurada: que no se trata más que de un invento del gobierno para reducir el exceso de población, dejar que una parte de la sociedad se alimente de los “inmigrantes, marginales y pobres”, sin desactivar la millonaria industria parada por la falta de animales (Bazterrica 18).

A lo largo de este texto nos enfocaremos en ciertos ejes de análisis. Para comenzar, veremos de qué manera esta distopía refleja problemáticas ya presentes desde el siglo pasado en cuanto a la relación entre el hombre y la naturaleza, y en torno a formas de gobierno totalitarias. Por otro lado, analizaremos en qué medida el poder biopolítico divide el campo biológico bajo el pretexto de sacrificar parte de la sociedad para preservar la salud de la comunidad; para esto nos servirán los conceptos de “tanatopolítica”, tal como la entiende Michel Foucault, y “paradigma inmunitario”, de Roberto Espósito. Por último, examinaremos cómo se construyen los cuerpos normalizados y la otredad desde la exclusión no solo física (el cautiverio en criaderos, las marcas de propiedad que se graban sobre su piel, la extirpación de las cuerdas vocales), sino también desde lo discursivo y desde el imaginario social. Para este último punto, resultan relevantes los aportes de diversos autores como Friedrich Nietzsche y Judith Butler sobre la historicidad y la performatividad de la moral y de la lengua, y cómo se vinculan estrechamente con las relaciones de poder y con la construcción de los cuerpos sociales.

Un futuro no tan lejano: la distopía como exacerbación del presente

El término “distopía” tiene sus raíces en la palabra “utopía”, término que fue concebido en sus orígenes por autores como Tomás Moro (quien lo bautizó con su *Utopía*, de 1516) o, si nos remontamos a un pasado más remoto, pensado desde *La República* de Platón y otros textos de la Antigüedad. Su etimología tiene dos variantes, puede entenderse la utopía como un “no lugar” o un “buen lugar”, y ambas sirven para entender las

habrían conmocionado o destruido un orden ideal, originariamente pacífico, no violento, o simplemente amenazarían con destruirlo. (Balibar 112)

sociedades ideales planteadas en este género. Desde sus primeros esbozos, estas obras se preguntaban por las formas de gobierno y la administración de recursos escasos. En las utopías suele prevalecer un sistema estático sin libertades individuales donde están cubiertas todas las necesidades básicas de manera ideal. Como supuestamente se ha alcanzado la perfección social, no es necesaria ninguna modificación, y por eso no hay espacio para el cambio en estas sociedades. Esa falta de movilidad hace de la utopía un territorio ahistórico. Esto no implica que todos los estratos sociales sean iguales³, de hecho solemos encontrar en estos primeros textos utópicos una fuerte jerarquía regida por reglas precisas y rígidas en cuanto al funcionamiento social y de cada familia e individuo, aspectos que se recuperan como elementos negativos en su variante distópica.

El género de la utopía se plantea como un comentario (y una crítica) de las problemáticas de cada sociedad, ya sea con fines satíricos (como *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift), didácticos o morales. Son géneros determinados por la historia porque ponen en evidencia las crisis del mundo conocido. Por eso, cuando leemos la *Utopía* de Moro encontramos referencias directas a la situación política de Inglaterra en ese período: la distribución inequitativa de la tierra, el alto grado de pobreza en las ciudades y la corrupción de las instituciones de gobierno.

Las distopías, al igual que las utopías, se piensan como una crítica social, pero estas primeras en vez de imaginar sociedades ideales que corrigen estas problemáticas, exhiben las fallas sociales mediante su exacerbación en la ficción, potenciando los rasgos negativos que observan en la realidad. Las grandes distopías del siglo XX, como *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (1932), *1984* de George Orwell (1949), *Dune* de Frank Herbert (1965), o *El mundo sumergido* de J. G. Ballard (1962), profundizan conflictos en torno a la ecología, la política y la filosofía. No se trata ya de sociedades idealizadas basadas en lugares remotos, como observamos en los primeros textos utópicos que coinciden con los primeros viajes

³ Hay que destacar que, en la *Utopía* de Moro, la esclavitud no estaba penada, sino regulada e incorporada el sistema económico de la isla.

Europeos a América, sino sociedades localizadas en el futuro cercano o remoto que exacerban negativamente los rasgos utópicos originales: la rigidez de las reglas, la inmovilidad social, los estados totalitarios, el dominio del hombre sobre la naturaleza. Este último rasgo también está presente en las utopías, donde tampoco hay una integración del hombre con el mundo que lo rodea, como sí hay en el género de la arcadia, sino un dominio del entorno como marca civilizatoria. El género distópico, entonces, puede pensarse no como el antónimo de la utopía, sino como su contracara negativa, que conserva un origen común.

La sobrepoblación y el hambre, ligados a desastres climáticos y ambientales producidos por el ser humano, son temáticas que movilizan varias distopías famosas y que están presentes en *Cadáver exquisito* como base de su trama:

Él cree que es una puesta en escena para reducir la superpoblación. Desde que tiene consciencia se habla de escasez de recursos. Recuerda los disturbios en países como China, donde la gente se mataba por el hacinamiento, pero ningún medio abordaba la noticia desde ese ángulo. El que le decía que el mundo iba a explotar era su padre: “El planeta va a reventar, en cualquier momento. Vas a ver, hijo, estalla o nos morimos todos con alguna plaga. Mirá cómo en China ya se están empezando a matar por la cantidad que son, no entran. Y acá, acá todavía hay lugar, pero nos vamos a quedar sin agua, sin alimentos, sin aire. Todo se va al diablo. (Bazterrica 19)

En este escenario distópico, como en muchos otros relatos donde escasea el alimento y abunda la desesperación, la lógica de “sálvese quien pueda” se extrema a tal punto que se naturaliza la depredación del hombre por el hombre. En la novela de Bazterrica, la presencia del virus (real o imaginario) es la excusa que habilita el descenso al canibalismo, cuando las instituciones de poder lo plantean como única opción de supervivencia.

Este escenario de crisis está marcado por el recrudescimiento del individualismo y la supervivencia del más fuerte, con una lógica similar a la que prevalece en el discurso

neoliberal: la competencia es la única posibilidad de supervivencia, en una sociedad que anula toda forma de solidaridad posible. En vez de repensar el sistema en el que se encuentra inmerso, el Estado permite el reemplazo del producto animal por uno humano para no desarmar el circuito de la industria alimentaria tal como lo conocemos hoy. Como ilustra una frase atribuida tanto a Fredrik Jameson como a Slavoj Žižek: “es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” (citado en Fisher, 2016)⁴.

Dentro de la literatura hispanoamericana, también encontramos exponentes del género distópico que indagan en sociedades post-apocalípticas donde se ha perdido toda esperanza de comunidad. En *Plop*, novela de Rafael Pinedo, se retrata una sociedad en la que impera la supervivencia del más apto y donde el cuerpo deviene un artículo de intercambio, una mercancía más, usable y desechable. Esta novela presenta una figuración de la década de los noventa en la Argentina, del menemismo neoliberal, donde la sociedad funciona según la lógica de un mercado que deja a la mitad de la población en la pobreza y la vulnerabilidad. Como en *Cadáver exquisito* y otras obras que interrogan el presente para especular sobre el futuro, *Plop* imagina una sociedad en la que el individualismo y el valor de cambio median todo intercambio social.

Por otra parte, en *Quema*, de Ariadna Castellarnau, autora española radicada en Argentina, también se narra un futuro distópico donde el pasado se dibuja apenas como una conjetura, adivinada desde las ruinas del presente. En este libro fragmentado, donde el hambre anula cualquier otro pensamiento y moviliza toda acción de sus personajes, se presenta un mundo donde la salvación es también individual: pactos rotos y traicionados, madres que reemplazan a un hijo por otro cuando ya no les son útiles, padres que eligen la muerte y dejan sus cuerpos para ser enterrados por sus hijos, pandillas que se apropian de

⁴ En su libro *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*, Mark Fisher desarrolla esta idea planteando el concepto de “realismo capitalista”, un término definido como la concepción predominante de que el capitalismo es el único sistema económico viable y que, por lo tanto, no puede haber otra alternativa imaginable. La “atmósfera generalizada” que genera esta concepción afectaría no solo a la economía sino también a la cultura, la política y el pensamiento general.

las casas habitadas, filas enormes para buscar comida donde ante el menor descuido te roban el lugar⁵. No hay alianza o solidaridad posible en los despojos de ese presente marcado por el mal, del que poco sabemos, como el virus que aparece en la novela de Bazterrica. Es un desastre invisible, solo medible por sus consecuencias y la nueva configuración social que inaugura. Una sociedad que visibiliza los rasgos de nuestro tiempo llevados a su paroxismo: seres humanos destructivos, que se mueven como células individuales en un mundo que va rápidamente hacia su extinción.

En esos contextos, ciertos cuerpos son sacrificados para el nuevo funcionamiento social. El sometimiento sistemático de un grupo social determinado en épocas de crisis se trabaja en otras famosas distopías, como *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood (1939), donde algunas mujeres son usadas como meros “vientres” para las clases altas de una sociedad infértil. El rol de “vientres” justamente reaparece en la novela de Bazterrica asociado al valor de los cuerpos femeninos en cautiverio: estos son valorados únicamente por su capacidad de multiplicar los bienes y las ganancias de sus propietarios. Por otro lado, en la novela de Bazterrica hay una subordinación ligada a cierto racismo y especismo, que sirven de base para la exclusión: determinan qué cuerpos califican como propietarios-consumidores y cuáles serán considerados bienes-carne. Podemos encontrar ecos de esta distinción en novelas distópicas como *The Giver*, de Lois Lowry (1993), donde los ancianos, los niños con discapacidades y los ciudadanos problemáticos (aquellos que no resultan “útiles” para la comunidad) son “liberados”, expulsados de la sociedad; aunque finalmente se revela que esta “liberación” no es otra cosa que una inyección letal. También se aborda una temática similar en *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick (1968), que describe una sociedad donde los androides son considerados meras máquinas al servicio del bienestar colectivo, aunque compartan todos sus rasgos con los humanos a los que sirven.

⁵ “Entonces sintió la presencia del chico a sus espaldas y se detuvo en seco. Quería explicarle que no podía llevarlo con ella. Que la salvación era individual, que así de duro era el mundo que despuntaba. Pero la que había vivido lejos no dijo nada. El niño debería aprender esto solo, si es que sobrevivía.” (Castellarnau 85)

En *Plop*, la novela de Pinedo que mencionamos anteriormente, también hay un orden social que estratifica y divide a las personas en “brigadas”: por un lado, los estratos superiores, y por otro, aquellos otros sometidos, las Brigadas de Servicios, las Brigadas de Recreación y las Brigadas de Voluntarios.

Observamos entonces como rasgo común a todas estas distopías un falso equilibrio o escenario ideal alcanzado mediante la exclusión y sometimiento de un determinado grupo social, justificado mediante su segregación respecto a una comunidad “verdaderamente” humana y valiosa. En este sentido, es interesante pensar cómo opera el discurso del poder en *Cadáver exquisito* para presentar estas exclusiones y acciones destructivas hacia ciertos grupos como herramientas de “cuidado” social.

Tanatopolítica, o la política de la autoinmunidad

En la obra de Bazterrica, la división que se da entre la población considerada “humana” y las “cabezas” de los criaderos (expresión usada en la ganadería para nombrar a los animales que administran) aparece en un contexto donde los animales han sido cazados violentamente al ser asociados con la enfermedad y la muerte. Ya no se tienen animales domésticos, que están prohibidos, sino mascotas electrónicas. Hasta los pájaros son observados con temor porque pueden llegar a transmitir el “virus”, y el gobierno insta a los ciudadanos a salir con paraguas a la calle para evitar que estén expuestos al contagio. Se sabe poco de cómo se propaga la enfermedad, solo rumores y conjeturas. El miedo frente a un escenario de crisis es el que le permite al Estado imponer nuevas restricciones y normas que van más allá de la mera protección sanitaria y se vinculan más con los intereses de ciertos círculos poderosos, como los que manejan la industria de la carne. El escenario de crisis habilita un funcionamiento límite, con un virtual “estado de sitio” donde el uso de la violencia y la represión se justifica con el argumento de la excepcionalidad y la inminencia de la catástrofe. Este tipo de accionar estatal es común a muchas distopías. Ejemplo de esto es la figura del gobierno que se describe en el cómic de Alan Moore, *V de Vendetta*: tras una

guerra nuclear que destruyó parte del mundo, emerge, en una Inglaterra sumida en el caos, un gobierno fascista que controla a la población mediante la propaganda, la policía y la vigilancia permanente.

El temor a la enfermedad estructura un tipo de política particular, que podemos caracterizar como “tanatopolítica”, según Foucault. La tanatopolítica explica cómo opera una determinada forma de la biopolítica⁶ que a primera vista puede resultar contradictoria: un poder que da muerte a parte de la sociedad que pretende preservar. Foucault introduce el término “racismo”⁷ como una forma de entender este poder destructivo que se presenta como preservador de la vida. Mediante el racismo se divide a la sociedad entre aquellos “sanos”, dignos de preservar, y aquellos “enfermos”, que presentan un riesgo. Foucault sostiene que es mediante el racismo que se realiza una escisión interna en la población que permite justificar la muerte de una porción de la sociedad, vista como amenaza, en beneficio de la otra, presentada como “verdadera y única” (Foucault 1993 70).

Esta perspectiva se vincula con un aspecto que identificamos con el género distópico: el sometimiento de parte de la comunidad en beneficio del supuesto bienestar colectivo; un rasgo que también se relaciona con la ideología depredadora, darwinista, que se despliega en *Cadáver exquisito*. Aquellos que se declaren como la “verdadera humanidad”, como las identidades que valen, tendrán derecho por sobre los cuerpos que queden excluidos de esta clasificación. Y los cuerpos excluidos, como las “cabezas” en cautiverio o

⁶ Respecto a la biopolítica, Foucault plantea la siguiente definición:

La “biopolítica” es un conjunto de estrategias que adopta el poder para administrar la vida de la población, dedicadas a regular los procesos biológicos de la especie, como la natalidad, mortalidad, reproducción y enfermedad. (Foucault 1993 259)

⁷ Foucault, respecto al racismo:

El racismo es un medio para introducir un corte entre lo que debe vivir y lo que debe morir, produce una cesura y establece una relación positiva del tipo “cuanto más mates o dejes morir, más vivirás”. Suscita una relación estrictamente biológica entre vida y muerte: “la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a tornar la vida en general más sana”. (Foucault 1997 228)

las clases empobrecidas (“los Carroñeros”, que salen a matar personas “con nombre y apellido” para alimentarse), se tornan una amenaza que debe ser estrictamente controlada, porque son quienes pueden rebelarse y arrebatarles los beneficios que los grupos hegemónicos consideran propios⁸. Esta descripción no solo aplica a otras novelas distópicas que presentan sociedades rígidamente jerarquizadas, sino al sistema individualista en el que nos encontramos inmersos en la realidad, donde unos cuerpos valen más que otros, como veremos en el planteo de Judith Butler.

Espósito, por otra parte, habla de “reacción” o “contrafuerza” para explicar la biopolítica negativa, o tanatopolítica. Este autor sostiene que la relación entre protección y negación de la vida está en la idea de “inmunizar” a la población⁹, dar la muerte de unos para evitar la muerte de todos. Con la figura de la autoinmunidad, en paralelo a la lógica de la “prevención” y del “cuidado de la salud social”, puede entenderse la aparición del “virus” en la novela de Bazterrica. Es un elemento que habilita el uso de argumentos médicos para justificar un recorte poblacional y un estricto control estatal sobre los cuerpos, que supuestamente están siendo “protegidos” mediante esta nueva dieta “necesaria”:

Universidades prestigiosas afirmaban que era necesaria la proteína animal para vivir, médicos confirmaban que las proteínas vegetales no tenían todos los aminoácidos esenciales, expertos aseguraron que se habían reducido las emisiones de gases, pero había aumentado la malnutrición, revistas hablaron sobre el lado oscuro de los vegetales. (Bazterrica 19)

En este sentido, la lengua (sobre todo la lengua que maneja el poder: el gobierno, la ciencia, los medios de comunicación) juega un papel central: ayuda a cimentar y normalizar

⁸ En la época del biopoder, según Foucault, las guerras ya no se desarrollan para defender la soberanía Estatal, sino que “en nombre de la existencia de todos, se entrena a poblaciones enteras para que se maten recíprocamente en nombre de la necesidad de vivir. Las masacres han devenido vitales.” (Foucault 1976 180)

⁹ “De lo que se trata es de reproducir, pero de forma controlada, aquel mal del cual hay que protegerse” (Espósito 2005 17).

la nueva ideología mediante una clasificación que reestructura la comunidad en el proceso de nombrarla.

La lengua como etiqueta

Marcos Tejo reflexiona constantemente sobre la importancia de ciertas palabras que “encubren el mundo” (Bazterrica 15), las que permiten la depredación del otro, y otras prohibidas, como decir que en su trabajo se encargan de “faenar humanos”: “Podrían arrestarlo por hacerlo, podrían incluso mandarlo al Matadero Municipal y procesarlo. Asesinarlo sería la palabra exacta, aunque no la permitida” (15). Se prefiere, en cambio, usar otras palabras “convenientes, higiénicas. Legales” (15), como las que manejan en los diferentes eslabones de la cadena de producción: el Gringo, dueño del criadero; el Señor Urami, a cargo de la curtiembre; la doctora Valka, en el laboratorio; o Spanel, en la carnicería. Estos personajes, que Tejo visita como parte de su trabajo en el frigorífico, trabajaban en tareas similares a las que realizaban antes de la “transición” (momento en el cual se legalizó el consumo de “carne especial”), pero con cuerpos humanos en vez de animales. Se han acostumbrado progresivamente, como el resto de la sociedad, al nuevo consumo, y han adaptado los significantes que usaban en el pasado.

El trabajo con el lenguaje en sociedades distópicas totalitarias puede apreciarse en varias de las novelas del género distópico que mencionamos anteriormente. *1984*, por ejemplo, incluye todo un apartado final titulado: “Los principios de la neolengua”. La *neolengua*, no tan alejada del inglés original, o *Oldspeak*, es esencial para el funcionamiento del Partido: mediante ella se pretende dominar el pensamiento de sus hablantes, anulando ideas contrarias a sus principios, como, por ejemplo, definiciones de la palabra “libertad”, para así evitar pensamientos peligrosos para el régimen, o “crímenes del pensamiento”.

El lenguaje en *Cadáver exquisito* es esencial para el funcionamiento de esa sociedad en dos sentidos. En primer lugar, es un instrumento que designa la naturaleza de cada ser y que clasifica y legisla su identidad. Barthes sostiene que la lengua es “fascista” porque

implica una clasificación necesariamente opresiva, que se define no tanto por lo que permite decir, sino por lo que obliga a decir mediante la afirmación y la repetición¹⁰. En segundo lugar, la capacidad de lenguaje también es un rasgo asociado históricamente con la condición humana, como observan Judith Butler y Rancière en la dominación que se establece entre amos y esclavos en la Antigüedad¹¹. No es casualidad que esto sea lo que se le quita a la “carne especial”: las cuerdas vocales, y con ellas, su capacidad de nombrarse a sí mismas.

Marcos Tejo, en un intento de evitar el término comercial usado para aquella carne humana, “carne especial”, recurre a palabras familiares que lo distancian de “eso que es humano, pero nunca va a ser una persona” (Bazterrica 20): “cabezas a procesar” o,

¹⁰ Barthes presenta la “lengua fascista” de la siguiente forma:

Hablar, y con más razón discurrir, no es, como se repite demasiado a menudo, comunicar sino sujetar; toda la lengua es una acción rectora generalizada. (...) Pero la lengua, como ejecución de todo lenguaje, no es ni reaccionaria ni progresista, es simplemente fascista, ya que el fascismo no consiste en impedir decir, sino en obligar a decir. Desde que es proferida, así fuere en la más profunda intimidad del sujeto, la lengua ingresa al servicio de un poder. En ella, ineludiblemente, se dibujan dos rúbricas: la autoridad de la aserción, la gregariedad de la repetición. (Barthes 117)

¹¹ Judith Butler (2002) sostiene que en la *República* de Platón los esclavos excluidos de esta sociedad ideal (junto con las mujeres, niños y animales) son caracterizados como aquellos que no hablan su idioma y a los que, por eso, se les adjudica una capacidad de razonamiento reducida. Esta exclusión xenófoba, sostiene Butler, produce un Otro racializado mediante el cual se construye el “hombre” en oposición (Butler 48).

Jacques Rancière (1996) también aborda el lenguaje como aspecto organizador de la dominación, y de la imposibilidad de todo intercambio lingüístico entre aquellos considerados poseedores de *logos* y aquellos otros a los que se les niega todo tipo de *logos* posible:

Entre el lenguaje de quienes tienen un nombre y el mugido de los seres sin nombre, no hay situación de intercambio lingüístico que puede constituirse, y tampoco reglas ni código para la decisión. Este veredicto no refleja simplemente el empecinamiento de los dominadores o su engegucimiento ideológico. Estrictamente, expresa el orden de lo sensible que organiza su dominación, que es esta dominación misma. Más que un traidor a su clase, el enviado Menenio, que cree haber escuchado hablar a los plebeyos, es víctima de una ilusión de los sentidos. El orden que estructura la dominación de los patricios no sabe de *logos* que pueda ser articulado por seres privados de *logos*, ni de palabra que puedan proferir unos seres sin nombre, unos seres de los que no hay *cuenta*. (Rancière 48)

simplemente, “lote”. También le sirve mencionar cada pieza del engranaje de muerte por su nombre técnico: “patio de descarga”, “línea de sacrificio”, “abono”, “área de tripería”, tal como los conocía cuando trabajaba en el frigorífico de su padre. Él es consciente del poder que tienen las palabras para invisibilizar o materializar lo nombrado: “Nadie puede llamarlos humanos porque sería darles entidad” (Bazterrica 20).

En las descripciones de otros personajes también se le da mucha importancia a su discurso, a cómo utilizan la lengua. El Gringo, mientras le describe a un cliente extranjero el funcionamiento del criadero, utiliza expresiones como “padrillo de retajo” y “hembras”. Tejo describe el lenguaje del Gringo como palabras “livianas, sin peso”, “incomprensibles”, que se mezclan con la artificialidad del traductor instantáneo que tiene el extranjero, “una voz artificial, una voz que no sabe que todas esas palabras pueden cubrirlo, hasta sofocarlo”. Cuando el visitante, que no está familiarizado con los códigos que se manejan, insinúa que la vida del padrillo que se acuesta con todas las hembras es envidiable, el Gringo se incomoda: “Él ve cómo surgen preguntas que se atascan en el cerebro del Gringo: ¿cómo puede desear ser eso, un animal?” (Bazterrica, 2018:31). Para el Gringo es imposible toda identificación con aquel ser nombrado como ganado. Sobre el Señor Urami, Tejo sostiene que “necesita reafirmar con palabras la realidad, como si esas palabras crearan y sostuvieran el mundo en el que vive” (23): términos como “desolladora”, “cuero”, “descarne”, “dieta hídrica” se usan para naturalizar el horror que implica exhibir las pieles de otros seres humanos como si fuera un menú de telas. Sobre Urlet, el encargado del coto de caza, Tejo afirma que “colecciona palabras, además de trofeos”, como si fueran ladrillos sobre los que construye la realidad cotidiana. Spanel, en su carnicería, es la primera en utilizar los nombres de los cortes de cerdo para la nueva producción, para suavizar el cambio. La Doctora Valka, por otra parte, maneja un vocabulario científico para describir los experimentos que hace con personas, de una manera similar al vocabulario “epidemiológico” y los argumentos “terapéuticos” que Espósito adjudica al lenguaje nazi (Espósito 2006 220). En este sentido, los espacios de encierro recorridos en la novela

pueden entenderse como campos de concentración, contruidos, como sostiene Giorgio Agamben en *Lo que queda de Auschwitz* (2000), desde la lógica de la producción en cadena, la fabricación de cadáveres y la degradación de la muerte (Agamben 74). En estos lugares la muerte se encuentra desvalorizada y automatizada, y se da una paradójica relación entre biopolítica y tanatopolítica basada en la conversión del cuerpo político en un cuerpo biológico regulable y recortable, donde el Estado decide quién califica de humano y quién no.

En la novela el lenguaje crea la realidad y evidencia la alienación que opera en la sociedad, que borra el origen de su alimento y traza una nueva frontera entre lo humano y lo animal, entre las prácticas consideradas civilizadas y las salvajes. Funciona como un sistema de compartimentalización, donde la realidad se guarda detrás de palabras vacías que ocultan su complejidad. O, en palabras de Tejo, “archivos dentro de archivos” en los que el contenido final permanece invisible: “Las palabras de su hermana se acumulan unas sobre otras como archivos que sostienen archivos que están dentro de archivos” (Bazterrica 111).

El umbral entre lo “natural” y lo “cultural” no siempre es fácil de determinar. En *Genealogía de la moral*, Nietzsche sostiene la necesidad de historizar la moral y rechazar cualquier idea de “origen” o sentimiento metafísico. El derecho a conferir nombres es, según el autor, un derecho del señor que se remonta al origen del lenguaje, mediante el cual se apropia de lo nombrado¹². Para esta apropiación e instauración de un sistema específico de significación, son necesarias dos instancias según Nietzsche: el olvido y la memoria. El

¹² Según Nietzsche, el sistema de significación que se instaura está ligado con el “derecho del señor a conferir nombres”:

El pathos de la nobleza y de la distancia, como hemos dicho, el permanente y dominante sentimiento global y radical de verse a sí misma como una especie superior dominadora en relación con una especie inferior, un “abajo”, es el origen y la fuente de toda antítesis entre lo “bueno” y lo “malo”. El derecho del señor a conferir nombres llega tan lejos que deberíamos permitirnos hacer coincidir con ella también el origen mismo del lenguaje como una expresión de poder de los que dominan, dicen “esto ‘es’ esto y aquello”, e imponen a cada cosa y a cada acontecimiento la marca distintiva de un sonido y gracias a esto se lo apropian, por así decirlo. (Nietzsche 24)

olvido, la “tabula rasa de la conciencia”, habilita el espacio para lo nuevo, y la memoria, grabada mediante el dolor, permite que el hombre sea capaz de promesas y se ajuste a la regla (Nietzsche 61).

En *Cadáver exquisito* se vuelve un imperativo, para no ser excluido de la sociedad y para no volverse loco, olvidar el pasado y todas las concepciones que se tenían sobre lo correcto e incorrecto, sobre el tabú del canibalismo, sobre el origen de esa “carne especial”; y a la vez, la gente es obligada a recordar el desastre causado por el virus, la necesidad de ese cambio, el miedo por los animales y, sobre todo, las consecuencias si se desafían las reglas. El delincuente que vaya contra las normas es visto, como plantea Nietzsche, como un “deudor” de una comunidad que lo ha provisto de aquello que no puede encontrar fuera de ella: es alguien que merece ser castigado y expulsado¹³. Esto aplica tanto a aquellos que mantienen relaciones con los cuerpos animalizados, un tabú peligroso y prohibido en ese sistema firmemente segmentado, como a los “Carroñeros”, que deben alimentarse de las sobras o asesinando gente por fuera de la maquinaria industrial. Ambos grupos son excluidos de la comunidad, privados de su condición humana y animalizados: los primeros terminan en el Matadero Municipal (y como pena de muerte son faenados y distribuidos como alimento); los segundos son vistos como un grupo marginalizado, un excedente que no puede ser integrado y que es controlado esporádicamente para bajar sus números, pero nunca aniquilado del todo. Este último grupo es necesario porque representa aquel afuera salvaje, la amenaza para todo aquel que quiera desafiar las normas, la otredad mediante la cual se construye el humano “civilizado”.

Fuera de estos escenarios extremos, podemos observar cómo a lo largo de la novela cada intercambio que tiene Tejo, y cada espacio que recorre, está dominado por el discurso

¹³ Sobre la figura del deudor y el tratamiento que recibe, Nietzsche afirma:

(El deudor) no solo no devuelve las ventajas y anticipos que se le dieron, sino que incluso atenta contra su acreedor. (...) La cólera del acreedor perjudicado, de la comunidad, lo devuelve al estado salvaje y sin ley, del que hasta ahora estaba protegido: lo expulsa fuera de sí, y ahora puede descargar sobre él toda suerte de hostilidad. (Nietzsche 79)

del poder, con sus rígidas clasificaciones y silencios necesarios. Como sostiene Barthes, el discurso de poder, que engendra la falta y la culpabilidad, está presente en todo intercambio social¹⁴. Cuando Marcos Tejo visita a su hermana, se entera de que sus sobrinos juegan a algo llamado “cadáver exquisito”: un juego prohibido que se viralizó en las redes, en el cual se intenta adivinar el sabor de cada persona. Este juego da nombre a la novela y hace referencia a la técnica artística surrealista, que buscaba develar las ideas del inconsciente, tanto individuales como grupales. En el contexto de la novela, ya no está presente el elemento del azar como herramienta para la libre asociación en el juego, pero puede también ser entendido como una forma de develar aquello que está en el inconsciente colectivo, marcado por las restricciones sociales y el cinismo necesario para sobrevivir. Las “imágenes” surgidas en este caso revelarían un estado interno, una verdad psicológica oculta a la deliberación consciente, como plantea Martin Jay en *Ojos abatidos* (Jay 183). El cinismo de las nuevas generaciones, que juegan tranquilamente a adivinar el sabor de la gente que los rodea, proviene de una silenciosa incorporación de la violencia diaria, de la alienación y la falta de empatía de la sociedad que habitan.

Pero, como observa Marcos Tejo, este mundo discursivo está permanentemente en crisis, a punto de colapsar, y el máximo tabú, borrar la división entre cuerpos que comen y cuerpos que son comidos, es permanentemente violado. Hay un mercado paralelo donde se vende “carne con nombre y apellido” a menor precio, obtenida mediante el asesinato de personas fuera del circuito industrial. También existe la Iglesia de la Inmolación, cuyos miembros consideran que el hombre “es su propio virus” y se sacrifican voluntariamente al grito de “¡Salva al planeta, inmólate!” (Bazterrica 156). Esta reinterpretación literal de la Biblia, “Como dice Jesús, tomad y bebed de mi cuerpo” (155), se da en un ritual donde la

¹⁴ En relación con el aspecto omnipresente del discurso del poder, Barthes sostiene:

Adivinamos entonces que el poder está presente en los más finos mecanismos del intercambio social: no sólo en el Estado, las clases, los grupos, sino también en las modas, las opiniones corrientes, los espectáculos, los juegos, los deportes, las informaciones, las relaciones familiares y privadas, y hasta en los accesos liberadores que tratan de impugnarlo. (Barthes 117)

carne y sangre del Mesías totémico ya no deben reemplazarse por la ostia y el vino. Por otra parte, el eslabón más marginado de la sociedad, los Carroñeros, se alimenta de cualquier carne que consiga, aunque sea asesinando a personas que caminan a la noche después del toque de queda. Ellos son los que reciben los cuerpos que nadie quiere, como aquellos de los miembros sacrificados de la Iglesia de la Inmolación, que son arrojados a las masas empobrecidas y hambrientas, porque “es carne que nadie quiere comer, nadie que sepa de dónde viene y tenga que pagar el precio del mercado” (Bazterrica 157).

Todas estas prácticas generan un conflicto con el discurso oficial: “Si una persona con nombre y apellido puede comerse, de manera legal, y esa persona no es considerada un producto, ¿qué nos impide comernos los unos a los otros?” (Bazterrica 157). Puede intuirse, por este motivo, la necesidad de reforzar mediáticamente el rótulo de “producto” que diferencia a los consumidores de esa carne consumida. Los medios de comunicación juegan un papel central, porque son los encargados de reforzar este imaginario. Rápidamente proveen un sostén discursivo para la nueva “transición”, “una palabra que resume y cataloga un hecho inconmensurable. Una palabra vacía”, como sostiene Tejo (Bazterrica 16). Expertos salen a afirmar por televisión que no se puede vivir sin la proteína animal, aparecen publicidades del nuevo producto servido en la mesa de una familia feliz o se intenta ocultar la realidad del cambio utilizando palabras que invisibilizan a las personas sacrificadas y las vuelven meros animales: “Nadie puede llamarlos humanos porque sería darles entidad, los llaman producto, o carne, o alimento” (Bazterrica 20).

La nueva percepción que se construye después de la “transición” es el resultado de estos cambios en la representación. En ella el lenguaje y las imágenes están relacionadas con la configuración del mundo conocido. Como plantea Martin Jay, hay un vínculo íntimo, aunque complejo, entre la visión, la memoria visual y la verbalización (Jay 16). Las imágenes que construyen este mundo incluyen viejos términos reconocibles que se mantienen fijos a pesar de los cambios: los nombres de los cortes de carne, por ejemplo, que antes eran de carne de cerdo y vacuna, se mantienen para la carne humana, para que

sean más fáciles de asimilar. También se utilizan imágenes visuales bombardeadas por los medios que ayudan a normalizar el cambio: como la publicidad de un ama de casa sirviendo una cena de “carne especial” a su familia feliz. El término “carne especial” en sí es a su vez una frase eficaz para opacar el verdadero origen de ese alimento.

Por otro lado, al quitarle las cuerdas vocales a aquellos considerados “cabezas”, se les niega la posibilidad de encontrar en la lengua una capacidad de rebelión y divergencia, de narrar el horror que viven, y se los pone en el lugar de los “musulmanes” de los campos de exterminio que describe Giorgio Agamben en *Lo que queda de Auschwitz* (2000)¹⁵. No poder armar una narrativa propia es agregar otro tipo de sufrimiento a ese grupo sometido, arrebatárles algo esencial para su existencia: “Tiene una mirada turbia, como si detrás de la imposibilidad de pronunciar palabras se agazapara la locura” (Bazterrica 32).

Es interesante analizar algunos elementos comunes que hay en las construcciones discursivas en torno a ciertos grupos sometidos y marginalizados. Para esto nos servirán los aportes de Butler y otros ejemplos literarios que trabajan con grupos explotados a lo largo de la historia desde ejes similares: la animalización y la visión mercantilista con la que se los nombra.

El valor de un cuerpo

En *Cadáver exquisito*, los cuerpos canibalizados son aquellos que no tienen voz ni nombre, cuerpos invisibilizados que no puedan incomodar. La relación que tiene Tejo con la “hembra” que le regalan en el criadero para consumo personal empieza a cambiar en el momento en que entabla con ella una relación sexual, atravesada por el deseo. Este cambio está marcado también por la adjudicación de un nombre: Jazmín. En la novela, a la precariedad a la que están sometidos los cuerpos criados para el consumo se le suman los

¹⁵ Agamben a varios autores para describir a los “musulmanes”, entre ellos a Primo Levi: “[los musulmanos son] no hombres que marchan y penan en silencio, apagado en ellos el brillo divino, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente” (Agamben 44).

abusos sexuales que suelen sufrir algunas “hembras”, aunque estén penados por la ley. La relación de Tejo con Jazmín jamás resulta un vínculo entre iguales, sino una relación mediada por la posesión y fines utilitarios. Ella es con la que tapa su soledad después de la partida de su esposa, y es la que puede darle el hijo que perdió en su matrimonio, a pesar de ser una posibilidad peligrosa por su ilegalidad. Es un vínculo que jamás prospera como relación afectiva porque Jazmín sigue perteneciendo a esa otra categoría, la de los cuerpos deshumanizados con fines productivos.

Es interesante observar ciertos paralelismos entre el personaje de Jazmín y algunos pasajes del libro *Beloved*, de Toni Morrison (1987). Esta novela está basada en la historia de Margaret Garner, una mujer negra que escapa de la esclavitud en Estados Unidos y termina siendo encarcelada por matar a su hija e intentar matar a sus otros hijos para que no los devuelvan a la plantación con vida. En la novela de Morrison leemos los mismos abusos y una exclusión muy similar a la que sufren las personas en cautiverio en la novela de Bazterrica. Morrison describe cómo se trataba a los esclavos en la época previa a la Guerra de Secesión: como bienes de intercambio, animales de carga, fuerza de trabajo. En una escena de *Beloved*, se cuenta cómo la protagonista, Sethe, descubre que uno de sus patrones está enseñándole a sus sobrinos qué rasgos humanos y qué rasgos animales tienen los esclavos de la plantación, como si fueran algo inferior que no pertenece completamente a la categoría humana. Los abusos que sufren Jazmín y otras “hembras” en la novela de Bazterrica tienen un correlato con las numerosas violaciones reportadas en los años de esclavitud de la mano de los patrones. En este cautiverio, el cuerpo de la mujer sufre una doble violencia, racista y sexista.

Por otro lado, el matadero es un escenario que se encuentra ya en los orígenes de la literatura argentina. “El Matadero” (1971), de Esteban Echeverría, desdibuja la división entre humano y animal en su caracterización del pueblo reunido en torno al matadero, en la

descripción de los federales y en el tratamiento que se le da al unitario¹⁶. Gabriel Giorgi, en *Formas comunes* (2014), identifica dos líneas para pensar “los mataderos de la cultura” que articulan animalidad y biopolítica: la violencia soberana “arcaizante” (que podemos encontrar en Echeverría) y la violencia “modernizadora” del capital (que observamos en textos como “El matadero” de Rodolfo Walsh, de 1967)¹⁷.

En la primera línea el matadero se muestra como una condensación del poder soberano, un poder que se bestializa justamente porque no reconoce los límites políticos que separan las vidas protegidas de las vidas sacrificables, y que suspende la distinción legal, cívica, republicana y civilizatoria entre *bios* y *zoé* a partir de una animalización generalizada (Giorgi 132).

En la segunda línea, el cuerpo animal como foco de explotación, crueldad y muerte es una figuración del cuerpo explotado, expropiado y alienado del trabajador, transformado

¹⁶ Como observa Martín Kohan en “Las fronteras de la muerte” (2006), el recurso de la animalización en “El matadero” de Echeverría se desborda para abarcar no solo a los federales, sino a todos los personajes nombrados en el relato, como así también la violencia del matadero se desborda más allá de sus límites:

Hasta aquí, lo que era de esperar: el narrador, o su prolongación en el personaje del unitario, animalizan a los federales. Pero ocurre que los federales también actúan animalizando al unitario, ya sea para insultarlo («Perro unitario»), para amenazarlo («degüéllalo como al toro») o para caracterizarlo sin más («Está furioso como un toro montaraz»). Y hay que notar que en los federales el mecanismo además es doble: pueden animalizar lo político (haciendo del unitario un perro o un toro), pero también pueden politizar la animalidad, porque la comparación la hacen también en sentido inverso: hablan del toro y dicen: «Es emperrado y arisco como un unitario». (Kohan 2006)

¹⁷ Sobre las dos líneas para pensar los mataderos y su aparición en la cultura, Gabriel Giorgi plantea:

Igual, ambos temas comparten una regla o un régimen que vuelve al matadero materia estética y desde la que los textos extraen sentidos históricos, políticos, culturales: la regla por la cual el matadero desterritorializa toda ontología de lo humano y lo animal. Sea por la acción del capital y su impulso desterritorializante, o sea por la violencia soberana que reduce los cuerpos a “nuda vida”, en los mataderos toda distinción firme, estable, entre humano/animal es relevada por la distinción más inestable y política entre *bios/zoé*, entre vidas protegidas y vidas eliminables: de ese desplazamiento y esa tensión están hechos los mataderos de la cultura. (Giorgi 137)

en mera carne valorada como una mercancía más (Giorgi 135). Ambas líneas marcan una ambivalencia entre lo humano y lo animal, metáforas que se utilizaban en el pasado como una distinción entre civilización y barbarie, o naturaleza y cultura. Esta indeterminación sirve como vía para pensar los modos en que nuestras sociedades trazan distinciones arbitrarias y biopolíticas entre las vidas a proteger y las vidas a abandonar. En *Cadáver exquisito*, la política de distinguir entre *bios* y *zōé*, entre vidas que merecen ser protegidas y vidas descartables, presenta un estado bestializado que anula los derechos “humanos” de las personas destinadas al matadero, pero también una industria capitalista detrás de esa bestialización, que no diferencia entre humanos y animales cuando se trata de vender carne.

Por otra parte, el poder adquisitivo también determina el valor de los cuerpos: los Carroñeros son justamente aquellos que no pueden pagar la “carne especial” y, por ende, se ven marginalizados. Además, como observa Tejo, los primeros que caen bajo las garras de la multitud hambrienta son las personas en situación de calle, no aquellos de las clases altas. Cabe destacar que, como en el discurso en torno a la esclavitud, la clase obrera también ha sido animalizada y nombrada en el sistema capitalista como cuerpos descartables y sin identidad en un análisis de rendimiento y ganancia. Este imaginario utilitario de las clases altas se ha representado en numerosas obras literarias a lo largo de la historia, que han desarrollado el costado literal de esta depredación social, siguiendo la segunda línea “modernizante” que plantea Giorgi en torno a los “mataderos de la cultura”.

El cuento “Kappa”, del escritor japonés Ryunosuke Akutagawa (1927), describe un país donde los capitalistas, gracias a la “Ley de matanzas de obreros”, se comen a los trabajadores despedidos para evitar huelgas. Hay un vínculo innegable entre el funcionamiento de la industria alimentaria en *Cadáver exquisito*, donde se aprovecha hasta la sangre de “hembras preñadas” para reducir la cantidad de horas improductivas, y la fría lógica ahorrativa de los personajes de “Kappa”, que afirman que: “Después de todo, el Estado le ahorra al obrero la molestia de morir de hambre o de suicidarse”. El concepto de ahorro no tiene en cuenta sentimientos ni personas, solo operaciones sumatorias que dan

con el uso más eficiente de la mercancía. Y “mercancía” es una palabra que para Tejo “oscurece el mundo” (Bazterrica 33).

En este sentido, otra obra que vale la pena mencionar es “Una modesta proposición” de Jonathan Swift (1729) (cuyo título completo es “Una modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y para hacerlos útiles al público”). En este ensayo satírico, Swift propone resolver el problema de la hambruna de los campesinos arrendatarios de Irlanda mediante el infanticidio sistematizado. Sugiere en este texto que la solución a la pobreza y el hambre es que estas familias vendan a sus hijos como alimento para los terratenientes ricos, para evitar el gasto del Estado y que mueran de hambre o se vuelquen al crimen. Si el tema del ensayo, el canibalismo programado, tiene obvios ecos en *Cadáver exquisito*, el lenguaje utilitarista y económico que utiliza para presentar su propuesta, contando cuerpos como bienes, sumando y restando cifras para justificar su plan como aquel con mayores ganancias a largo plazo, es uno que encuentra todavía mayor correlato en la obra de Bazterrica, en el vocabulario automatizado y frío con el que se describe la nueva industria alimentaria:

Me aseguran nuestros comerciantes que un muchacho o muchacha no es mercancía vendible antes de los doce años; e incluso cuando llegan a esta edad no producirán más de tres libras o tres libras y media corona como máximo en la transacción; lo que ni siquiera puede compensar a los padres o al reino el gasto en nutrición y harapos, que habrá sido al menos de cuatro veces ese valor. (Swift 1729)

En su texto, Swift (al igual que en el cuento “Kappa”) presenta esta “solución” radical como una suerte de estrategia tanatopolítica: la muerte de algunos como contribución al bienestar general (hasta para aquellos que son comidos, porque se ahorran las penurias de vivir en la miseria).

También aparecen en Swift otros aspectos comunes a *Cadáver exquisito*. Por ejemplo, la visión del cuerpo femenino como un vientre fecundable (Swift las llama “parideras”) que adquiere su valor en su capacidad de multiplicar los bienes de sus propietarios (idea

también presente tanto en *Beloved* como en distopías al estilo de *El cuento de la criada*). Además, en el texto de Swift, como en la novela de Bazterrica, se afirma que este nuevo sistema se inscribe con naturalidad dentro del capitalismo ya vigente: “Concedo que este manjar resultará algo costoso, y será por lo tanto muy apropiado para terratenientes, quienes, como ya han devorado a la mayoría de los padres, parecen acreditar los mejores derechos sobre los hijos.” (Swift, 1729). Swift también imagina una fácil reconversión de los mataderos para este nuevo fin. Ambos textos dejan al descubierto una depredación que ya está en funcionamiento en sus respectivas épocas y lo fácil que es naturalizar escenarios extremos en los discursos cotidianos.

La situación de Irlanda en el siglo XVIII que describe Swift, un escenario de gran desigualdad y hambruna, también nos sirve para pensar ciertas políticas económicas de esa época vinculadas con una lógica de muerte programada y selectiva. Desde la economía se ha analizado cuestiones como la sobrepoblación, la repartición de recursos escasos y las catástrofes ambientales, presentes como hemos visto en la mayoría de las distopías como *Cadáver exquisito*. La postura de Thomas Robert Malthus, por ejemplo, un demógrafo y economista que escribe a fines del siglo XVIII, presentaba las pestes, guerras y hambrunas como herramientas necesarias y naturales en el control poblacional. Las ideas malthusianas fueron reformuladas y utilizadas para justificar la no intervención del Estado ante desastres como la Gran hambruna irlandesa de 1840, donde se redujo casi un cuarto de la población irlandesa ante la negativa del Reino Unido de asistir económicamente a la región. En el caso de *Cadáver exquisito*, no se trata tanto de una no intervención estatal como de una acción activa del Estado la que define ese sacrificio “necesario”. Esta operación deja al descubierto fuertes jerarquías en la sociedad que habilitan el uso de las minorías y clases más bajas como “recursos” para las clases altas, convirtiéndola en bienes redistribuibles, manejables, explotables y multiplicables.

Por otra parte, la pregunta por el valor de un cuerpo es una que elabora Judith Butler en su libro *Bodies that matter* (2002), para pensar qué cuerpos valen y qué cuerpos no

en determinada sociedad y cómo se construye esta distinción en el imaginario social mediante la performatividad del lenguaje. Según Butler, solo reconocemos ciertas vidas como humanas y como reales porque existen esquemas conceptuales que controlan lo que somos capaces de reconocer y que delimitan lo que entendemos como humano, en línea con lo que plantean otros autores como Nietzsche y Barthes. El estatus de “pre-humano”, o la exclusión de ciertos grupos de la denominación “persona-humana” habilita discursivamente su destrucción o sometimiento a mano de aquellos que sí se ajustan a esta idea de humanidad restringida construida desde los poderes hegemónicos. Lo hemos visto en los casos de esclavitud y cautiverio, como en *Cadáver exquisito*, pero Butler también lo analiza en términos de religión, cultura y nacionalidad¹⁸: no hay una sola otredad sino una multiplicidad de exclusiones. Para que estas normas y clasificaciones se materialicen es clave la reiteración, y en esto los medios de comunicación, la educación y otras instituciones juegan un papel central reforzando ciertos conceptos. Esta práctica citacional “produce el efecto que nombra” (Butler 2002 2), construye los cuerpos como “carne” cuando los nombra como “carne”, y así inculca la norma: “Carne y personas no deben mezclarse”, disimulando la convención que hay detrás de ella, presentándola como originaria y borrando el pasado cercano donde esa dinámica hubiera causado horror.

Otro aporte de Butler que nos sirve para pensar la construcción semántica que se da en la novela de Bazterrica es la idea de que toda lengua, entendida como restricción constitutiva, no solo produce un dominio de lo inteligible, sino también el dominio de lo impensable: el de los cuerpos abyectos que se salen de la norma. Este segundo dominio no

¹⁸ Butler analiza la política norteamericana en relación con países musulmanes para pensar la adjudicación de la “condición humana”:

Cuando los periodistas estadounidenses empezaron a decir que el Islam era una sociedad 'pre-moderna' y que su población aún no había alcanzado la modernidad, en verdad estaban diciendo que esas sociedades no se ajustaban a las ideas de persona-humana que nosotros habíamos alcanzado gracias a la modernidad. Por tanto, esas poblaciones aún no habían logrado la condición de 'ser humano' que nosotros sí tenemos. En otras palabras, la destrucción de esas sociedades no era otra cosa que la destrucción de pre-humanos. (Butler 2010)

funciona por oposición del primero, sino que es parte de su funcionamiento: aquello que es excluido constituye un afuera necesario frente al cual se conforman los sujetos como tales.¹⁹ En este afuera hay más de una otredad: por una parte tenemos a la “carne especial”, excluida desde un sesgo especista; por otro a los Carroñeros, marginados por su clase social, como aquellos que no pueden pagar la “carne especial” y deben conseguir alimento mediante prácticas consideradas “salvajes”. Tejo, su hermana, su esposa, los personajes que trabajan en el criadero, en el frigorífico y todos los demás habitantes de esa sociedad se constituyen como sujetos en el sentido de que no son “carne”, que tienen “nombre y apellido”, que no pueden ser tomados como alimento (por lo menos no legalmente, aunque en la práctica este límite esté mucho menos claro, como vemos en el caso de los Carroñeros, los castigos a los delincuentes y el coto de caza), y que poseen derechos en tanto dueños de un capital suficiente para pagar su carne en los circuitos legales.

En varias escenas Tejo deja en claro la distancia que lo separa de ambos grupos marginados. Cuando está en el criadero y el Gringo le cuenta que algunos padrillos se pelean entre sí y que deben intervenir para evitar que se coman entre ellos, se dice: “Él no puede dejar de pensar en la ironía. La carne que come carne”. La máxima ironía es que Tejo no pueda verse reflejado a sí mismo en esa frase, “carne que come carne”, porque “carne” es siempre el otro, aquella otredad necesaria mediante la cual se conforma como sujeto. En este sentido, el deseo que siente por Jazmín siempre está marcado por esa distancia, como

¹⁹ Sobre el dominio de lo abyecto en relación con el dominio de lo inteligible, Butler plantea:

The abject designates here precisely those "unlivable" and "uninhabitable" zones of social life which are nevertheless densely populated by those who do not enjoy the status of the subject, but whose living under the sign of the "unlivable" is required to circumscribe the domain of the subject. This zone of uninhabitability will constitute the defining limit of the subject's domain; it will constitute that site of dreaded identification against which —and by virtue of which— the domain of the subject will circumscribe its own claim to autonomy and to life. In this sense, then, the subject is constituted through the force of exclusion and abjection, one which produces a constitutive outside to the subject, an abjected outside, which is, after all, "inside" the subject as its own founding repudiation. (Butler 2002 3)

una práctica erótica tabú que no puede terminar de conformarse como un vínculo afectivo porque implicaría cuestionar el sistema sobre el que sostiene su propia identidad.

Conclusión

El consumo capitalista desenfrenado y la problemática medioambiental siempre estuvieron presentes en las distopías que se escribieron a lo largo de la historia. La producción industrial excesiva y con escasa regulación ha provocado que las fuentes de recursos sean aún más limitadas, por la contaminación, el desgaste y el impacto climático. En el pensamiento colectivo, la humanidad se ha configurado como su propio virus, tal como sostiene la Iglesia de la Inmolación en la novela de Bazterrica: una entidad que mediante su crecimiento desregulado ha agotado el planeta en el que vive. Estos temas se encuentran representados en la literatura como también en otros productos de la cultura popular, como Thanos, el villano de las taquilleras películas de *Avengers*, que se propone eliminar a la mitad del universo para preservar a la mitad restante. Son cuestiones y debates que reflejan un mundo azotado por catástrofes climáticas, epidemias masivas y políticas que deciden qué grupos priorizar a la hora de decidir estrategias poblacionales.

Cadáver exquisito forma parte de ese imaginario distópico y a la vez cercano. Se pregunta hasta qué límites puede llegar el sistema de producción actual antes de replantear nuestras formas de consumo y la relación que tenemos con la naturaleza que nos rodea. Además, es una novela que muestra de forma clara cómo las palabras influyen en la mentalidad de una sociedad y en la construcción de la realidad, y cómo son usadas para naturalizar escenarios extremos y nuevos sometimientos. El mundo que vemos está anclado en el discurso, como ilustra bien Bazterrica.

© Paula Yeyati Preiss

Bibliografía

- Agamben, Giorgio. “El musulmán”. *Lo que queda de Auschwitz*. Pre-Textos, 2000.
- Akutagawa, Ryunosuke. “Kappa”. Ciudad Selva, <https://ciudadseva.com/texto/kappa/>
- Balibar, Étienne. “Violencia, identidad y crueldad”. *Violencias, identidades y civilidad. Para una cultura política global*, Gedisa, 2005.
- Barthes, Roland. *El placer del texto y Lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*. Siglo XXI, 2003.
- Bazterrica, Agustina. *Cadáver exquisito*. Arte Gráfico Editorial Argentino, 2018.
- Butler, Judith. Entrevista realizada por Álvaro Colomer. El Mundo, <https://www.elmundo.es/yodona/2010/06/08/actualidad/1276002169.html>, 2010.
- . *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Paidós, 2002.
- Castellarnau, Ariadna. *Quema*. Gog y Magog, 2017.
- Esposito, R. Comunidad, inmunidad y biopolítica. Herder, 2009
- . *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Amorrortu, 2006a.
- . *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Amorrortu, 2005.
- Fisher, Mark. *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?*. Caja Negra, 2016.
- Foucault, Michel. “La guerra en la filigrana de la paz” y “Del poder de la soberanía al poder sobre la vida”. *Genealogía del racismo*. Editorial Altamira, 1993.
- Galdón Rodríguez, Ángel. “Aparición y desarrollo del género distópico en la literatura inglesa”. *Revista Prometeica*, n°. 4, 2011.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica*. Eterna Cadencia Editora, 2014.
- Jay, Martin. *Ojos abatidos*. Ediciones Akal, S. A., 2007.

Kohan, Martín. “Las fronteras de la muerte”. *Las brújulas del extraviado: para una lectura integral de Esteban Echeverría*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/las-fronteras-de-la-muerte/html/dab87d3c-523c-11e1-b1fb-00163ebf5e63_4.html#I_0

Nietzsche, Friedrich. *La genealogía de la moral*. Gradifco, 2007.

Rancière, Jacques. *El desacuerdo. Política y Filosofía*. Ediciones Nueva Visión, 1996.

Swift, Jonathan. “Una modesta proposición”. Ciudad selva, <https://ciudadseva.com/texto/una-modesta-proposicion/>